



Tema 5: ALGUNAS VIRTUDES ESENCIALES (I): La caridad

Recapitulando: Ideas más importantes del Magisterio Oracional de Santa Teresa

- **Concepto de Oración:** "Tratar de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama" (V.8, 5)
- **Clave Cristológica: Oración siempre centrada en la Humanidad de Cristo:** "Poned los ojos en Cristo"... "Y veo yo claro, y he visto después, que para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima..." (V22.6). "...es muy buen amigo Cristo porque le miramos hombre y vémosle con flaquezas y trabajos, y es compañía..." (V 22.10)
- **Cuatro actitudes básicas:**
 - **Nunca dejar la oración, a pesar de las dificultades:** "La verdadera caída es dejar la oración" (V. 15.3). "Determinada determinación"
 - **Actitud de silencio y soledad:** "... Con más facilidad se guarda el silencio cada una por sí, y acostumbrarse a soledad es **gran cosa para la oración**; y pues éste ha de ser el cimiento de esta casa, es menester traer estudio en aficionarnos a lo que a esto más nos ayuda" (CP 4,9)
 - **Espíritu de mortificación** "Oración y regalo no se compadecen"
 - **Permanente conversión:** "Ya sabéis que la primera piedra ha de ser una buena conciencia y con todas vuestras fuerzas libraros aún de pecados veniales y seguir lo más perfecto"
 - **En periodos de sequedad:** "...Ayúdele a llevar la cruz y piense que Toda la vida vivió en ella (en sequedad) y no quiera acá su reino ni deje jamás la oración. Y así se determine, aunque para toda la vida le dure esta sequedad, no deje caer a Cristo con la Cruz..." (V.11.10)
 - **Confianza:** "Guíe su majestad por donde quisiere. Ya no somos nuestros sino suyos" (V 11.12)
 - **Importan muchos los deseos:** "...conviene mucho no apocar los deseos, sino creer en Dios que, si nos esforzamos, poco a poco, aunque no sea luego, podremos llegar a lo que muchos santos con su favor; que si ellos nunca se determinarán a desearlo y poco a poco a ponerlo por obra, no subieran a tan alto estado." (V13.2)



Dios, o las condiciones adecuadas para conectar con Dios... Lo cierto es que la Santa se centra en las virtudes en las que sus monjas deben ejercitarse si quieren llegar a ser almas de oración.

La razón es bien sencilla: nada ayuda tanto a crecer en amistad con una persona como compartir gustos y manera de pensar. Dos personas que se conocen, si descubren que tienen gustos y criterios parecidos, enseguida conectan, enseguida hacen amistad. Las virtudes son hábitos operativos buenos. Y es Cristo el que las vive en su grado de máxima perfección.

Por eso, **en la medida que somos más virtuosos, comprendemos mejor a Jesús, sintonizamos mejor con Él, porque nos parecemos más a Él.** Por eso la oración siempre nos impulsa a la imitación de Jesús (a vivir como Él vivió, a ser "virtuoso"), y el ejercicio de las virtudes nos facilita mucho una gran intimidad con Él. Es bien cierto lo de Santa Teresa: "El amor o los encuentra iguales (a los amantes) o los hace iguales". Por eso lo mejor para aprender a rezar es esforzarnos en imitar en todo a Jesús.

Dice Santa Teresa en Camino de perfección:

"En esto de oración es lo que me habéis pedido diga alguna cosa [...]. Antes que diga de lo interior, que es la oración, diré algunas cosas que son necesarias tener las que pretenden llevar camino de oración [...]. Solas tres cosas me extenderé en declarar [...]: la una es **amor unas con otras**; otra, **desasimiento** de todo lo criado; la otra, **verdadera humildad**, que aunque la digo a la postre, es la principal y las abraza todas".

Por tanto, son las virtudes la prueba infalible de que hay oración en el alma; ellas son como la medida segura del provecho en la vida espiritual. No lo es tanto el gusto en la oración u otros fenómenos más o menos extraordinarios, que hay que esperar a la otra vida para ver su valor.

Las tres virtudes de que habla Teresa están interrelacionadas. Ella conoce bien el corazón humano y procede con un realismo luminoso. Sabe que el hombre está enfermo por dentro y se engaña con frecuencia. Su yo es una fuerza que le domina y esclaviza. Es preciso contradecirlo, dominarlo, controlarlo para corregirlo. Hay que cambiar su fuerza negativa en positiva. Teresa propone de fondo contradecir en todo la propia voluntad.

"Mostrémonos a **contradecir en todo nuestra voluntad**; que si traéis cuidado, como he dicho, poco a poco os hallaréis en la cumbre. Mas ¡qué rigor parece decir no nos hagamos placer en nada!, como no se dice qué gustos y deleites trae consigo esta contradicción y lo que se gana con ella aún en esta vida, ¡qué seguridad!".

La propia voluntad tiene tres movimientos característicos: el egoísmo, el afán de poseer cosas y el orgullo o soberbia.

Teresa nos propone una ascética del ser, pretende que el cuerpo se rinda al espíritu. Se empeña en sorprender y descubrir los 'puntos de honra' que nos esclavizan casi de continuo para eliminarlos. En esto la Santa se muestra implacable. Si Cristo crucificado es siempre la fuente necesaria de fuerza y el modelo altísimo, **el mayor santo, el mejor orante, será el que más se conforme con el Señor crucificado.**

Según San Luis G. de Montfort, la "sabiduría humana" busca la felicidad humana apoyándose en tres pilares falsos: el poder, el

Algunas virtudes esenciales

La oración se refleja en la vida y la vida influye en la oración. Se ora como se vive y se vive como se ora. Los grandes maestros de oración han insistido siempre en la importancia del cultivo de las **virtudes sólidas** para una vida de alta oración. Vamos a dejarnos guiar en esto también por la doctrina de la Santa Doctora, en su 'Camino de perfección'.

Las monjas pidieron a la Santa que les enseñase a rezar, como Jesús enseñó a sus discípulos. Así surge Camino de perfección, que viene a ser un comentario al Padrenuestro. Pues bien, en los primeros capítulos (4-16) Teresa trata de las virtudes recias que conducen no sólo a la meditación, más aun a la contemplación.

Podríamos preguntarnos por qué si le piden que les enseñe a rezar, les habla de las virtudes. Podríamos esperar de ella unos consejos prácticos para centrarse en la oración, cómo elegir un buen libro, la importancia del silencio o de elegir un lugar idóneo para escuchar a

placer y el tener. De los tres, el deseo de gloria (afán de poder) es el más peligroso, y además se sirve de los otros dos.

El dinero (afán de tener) manifiesta una sabiduría «terrena». La búsqueda de los «placeres», expresa una sabiduría «carnal». Pero la sed de poder y de gloria es inspiración de «la sabiduría diabólica».

Esta doctrina montfortiana en realidad viene confirmada con la vida. A nuestro alrededor, y en nosotros mismos, lo vemos claramente: a menudo no se busca el dinero, el placer y el confort «sino para estar por encima» de los otros, para dominarlos: tener un coche más hermoso, más potente, una casa más lujosa, un vestido más bello, un lugar más alto en la sociedad... El poder, la «grandeza», parece que nos permite creernos amados cuando no lo somos, o nos aman mal. Pero esta es una falsa «grandeza». La auténtica, al contrario, se halla en el sendero de la humildad. Por eso Montfort, y con él todos los santos, insiste tanto en la **humildad**. Un mes antes de morir, termina una de sus cartas con estas palabras: «Humildad, humildad, humillación». Esta insistencia nos desconcierta mientras no hayamos comprendido que, a los ojos de Dios, **la humildad es el camino de la verdadera «grandeza»**

A estos tres pilares de la sabiduría humana, se oponen las tres virtudes que presenta: la caridad, el desasimiento o espíritu de pobreza y la humildad, que son los pilares de la «sabiduría divina». Veamos cada una.

1ª. LA CARIDAD

El fin de la vida de oración es la perfección de la caridad. Se trata de llegar a la conversión total a su voluntad divina. Ahora bien, desde el Evangelio sabemos que **el amor es cruz y la cruz es el precio del amor**. Teresa llama repetidas veces a Jesús **“el Capitán del amor”**.

La Santa enseña detenidamente el camino de la purificación del amor mutuo, fraterno. Y alerta de los peligros y riesgos, por ejemplo de las amistades particulares o del trato indebido con ‘deudos’ o familiares por parte de la religiosa. Propone amar siempre con corazón grande y libre.

“No consintamos, oh hermanas, que sea esclava nuestra voluntad, sino del que la compró con su sangre”

La Santa habla del **amor “puro espiritual, sin que intervenga pasión ninguna”** (CP 4,13), que es *“amor virtuoso –el que yo deseo haya aquí–”* (CP 4,11), es decir, es el que quiere se tengan sus hijas.

Porque *“parece a mí, que cuando una persona ha llegádola Dios a claro conocimiento de lo que es el mundo, y qué cosa es el mundo y que hay otro mundo... y que cosa es Criador y qué cosa es criatura, y otras muchas cosas que el Señor enseña a quien se quiere dar a ser enseñado de Él en la oración o a quien su Majestad quiere, que aman muy diferente, ente de los que no hemos llegado aquí”* (CP 6,3)

Las notas de este amor perfecto son estas:

1ª. Tener en Dios sólo su motivación

2ª. No buscar en modo alguno ser correspondido. Es un amor de benevolencia. Un amor que quiere dar sin preocuparse nunca de recibir.

3ª. Desea para la persona amada los bienes espirituales. También desea los materiales, pero en orden a aquellos.

“Es amor sin mucho ni poco de interés propio; todo lo que desea es ver rica aquella alma (a la que ama) de bienes del cielo” (CP 7,1).

Importa no amar por las cualidades naturales que vemos en las personas, sino **por Dios y como Dios**, para no exponernos a injusticias, optando tal vez por los más ruines si éstos tienen dones de naturaleza.

En definitiva, Teresa invita a decir no al amor que se ha de acabar con la vida y sí al que dura para siempre y es el que propone el **Capitán del amor**.

Por tanto hay que amar:

- sin esperar respuesta o correspondencia
- aunque no nos amen
- incluso aunque nos odien.

Este amor verdadero es servicio, entrega, disposición permanente a darse. Se adelanta a tomar el trabajo para evitárselo al prójimo.

Nos dice en Camino de perfección:

“¡Oh, qué bueno y verdadero amor será el de la hermana que puede aprovechar a todas, dejado su provecho por los de las otras, ir muy adelante en todas las virtudes y guardar con gran perfección su Regla! Mejor amistad será ésta que todas las ternuras que se pueden decir, que éstas no se usan ni han de usar en esta casa...”

Es también muy buena muestra de amor en procurar quitarlas de trabajo y tomarle ella para sí en los oficios de casa, y también de holgarse y alabar mucho al Señor del acrecentamiento que viere en sus virtudes. Todas estas cosas, dejado el gran bien que traen consigo, ayudan mucho a la paz y conformidad de unas con otras...” (CP 7,8-9)

Así procedió Cristo al amarnos tanto: **“Cuánto le costó el amor que nos tuvo, que para librarnos de la muerte la murió tan penosa como muerte de cruz”**

Y en la Quintas Moradas, la Santa añade:

*“Acá solas estas dos cosas que nos pide el Señor: **amor a Su Majestad y del prójimo**; es en lo que hemos de trabajar. Guardándolas con perfección, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él. ¡Mas qué lejos estamos de hacer como debemos a tan gran Dios estas dos cosas, como tengo dicho! Plegue a Su Majestad no dé gracia para que merezcamos llegar a este estado que en nuestra mano está si queremos.*

*La más cierta señal que, a mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del **amor al prójimo**; porque si amamos a Dios no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que Su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos a Su Majestad por mil maneras. En esto yo no puedo dudar.*

*Impórtanos mucho andar con gran advertencia cómo andamos en esto, que si es con mucha perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que, según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raíz del amor de Dios, que no llegaremos a tener con perfección el del prójimo. Pues tanto nos importa esto, hermanas, **procuremos irnos entendiendo en cosas aún menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes**, que así por junto vienen en la oración, de parecer que haremos y conteceremos por los prójimos, y por sola una alma que se salve; porque si no vienen después **conformes a las obras**, no hay para qué creer que lo haremos...*

¡Oh hermanas, cómo se ve claro adónde está de veras el amor del prójimo en algunas de vosotras, y en las que no está con perfección! Si entendieses lo que nos importa esta virtud, no traerías otro estudio. Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece que se usan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión y piensan que allí está todo el negocio.

*Que no, hermanas, no; **obras quiere el Señor**; y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tienen algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes porque ella lo coma; no tanto por ella, como porque sabes que **tu Señor quiere aquello”**.*



5. MODELOS Y TESTIGOS: Los cuatro mártires de Nembra

CARTA DE SAN CIPRIANO A LOS CRISTIANOS EN LA CÁRCEL, ANTES DE SER MARTIRIZADOS

Os saludo, queridos hermanos, y desearía gozar de vuestra presencia, pero la dificultad de entrar en vuestra cárcel no me lo permite. Pues, ¿qué otra cosa más deseada y gozosa pudiera ocurrirme que no fuera unirme a vosotros, para que me abrazarais con aquellas manos que, conservándose **puras, inocentes y fieles a la fe del Señor**, han rechazado los sacrificios sacrílegos?

¿Qué cosa más agradable y más excelsa que poder besar ahora vuestros labios, que han confesado de manera solemne al Señor, y que desearía yo con más ardor sino estar en medio de vosotros para ser contemplado con los mismos ojos, que, habiendo despreciado al mundo, han sido dignos de contemplar a Dios?

Pero como no tengo la posibilidad de participar con mi presencia en esta alegría, os envío esta carta, como representación mía, para que vosotros la leáis y la escuchéis. En ella os felicito, y al mismo tiempo os exhorto a que **perseveréis con constancia y fortaleza en la confesión de la gloria del cielo**; y, ya que habéis comenzado a recorrer el camino que recorrió el Señor, continuad por vuestra fortaleza espiritual hasta recibir la corona, teniendo como protector y guía al mismo Señor que dijo: **"Sabad que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo"**.

¡Feliz cárcel, dignificada por vuestra presencia! **¡Feliz cárcel, que traslada al cielo a los hombres de Dios!** ¡Oh tinieblas más resplandecientes que el mismo sol y más brillantes que la luz de este mundo, donde han sido edificados los templos de Dios y santificados vuestros miembros por la confesión del nombre del Señor!

Que ahora ninguna otra cosa ocupe vuestro corazón y vuestro espíritu sino los preceptos divinos y los mandamientos celestes, con los que el Espíritu Santo siempre os animaba a soportar los sufrimientos del martirio. Nadie se preocupe ahora de la muerte sino de la inmortalidad, ni del sufrimiento temporal sino de la gloria eterna, ya que está escrito: **"Mucho le place al Señor la muerte de sus fieles"**. Y en otro lugar: **"El sacrificio que agrada a Dios es un espíritu quebrantado; un corazón quebrantado y humillado, tú no lo desprecias"**.

Y también, cuando la Sagrada Escritura habla de los tormentos que consagran a los mártires de Dios y los santifican en la prueba, afirma: **"La gente pensaba que cumplían una pena, pero ellos esperaban de lleno la inmortalidad. Gobernarán naciones, someterán pueblos, y el Señor reinará sobre ellos eternamente"**.

Por tanto, si pensáis que habéis de juzgar y reinar con Cristo Jesús, necesariamente debéis regocijaros y superar las pruebas de la hora presente en vista del gozo de los bienes futuros. Pues, como sabéis, desde el comienzo del mundo las cosas han sido dispuestas de tal forma que la justicia sufre aquí una lucha con el siglo. Ya desde el mismo comienzo, el justo Abel fue asesinado, y a partir de él siguen el mismo camino los justos, los profetas y los apóstoles.

El mismo Señor ha sido en sí mismo el ejemplar para todos ellos, enseñando que ninguno puede llegar a su reino sino aquellos que sigan su mismo camino: **"El que se ama a sí mismo se pierde, y el que se aborrece a sí mismo en este mundo se guardará para la vida eterna"**. Y en otro lugar: **"No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. No, temed al que puede destruir con el fuego alma y cuerpo"**. También el apóstol Pablo nos dice que todos los que deseamos alcanzar las promesas del Señor **debemos imitarle en todo**: **"Somos hijos de Dios" —dice— "y, si somos hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, ya que sufrimos con él para ser también con él glorificados"**.

Su único delito, ¡ser adoradores nocturnos!

El 8 de octubre de 2016 fueron beatificados en la catedral de Oviedo un sacerdote y cuatro laicos. En el relato de su historia martirial la caridad ardiente de estos héroes de la fe es increíblemente más grande y asombroso que el odio verdaderamente infernal de los asesinos.

El lugar de los hechos

Nembra es un pueblo minero asturiano, del Concejo de Aller. En las primeras décadas del siglo pasado sus gentes eran sencillas y buenas, curtidas por el duro trabajo de las minas. Un fervor religioso iluminaba el pueblo, como ocurría en tantos otros de nuestro solar patrio, bendecidos por la fe.



La parroquia, dedicada a Santiago Apóstol, daba a la Iglesia numerosas vocaciones. La Adoración Nocturna se había establecido en 1908, y pasaban del centenar los adoradores, todos ellos mineros o labradores ejemplares.

Algunos, para ser fieles a su turno, **tenían que andar hasta cuatro horas**, pues también venían, fuese invierno o verano, de los pueblos del contorno.

No deja de ser paradójico que la cárcel que se habilitaría para los mártires (todos ellos adoradores) y donde pasarían sus últimos días, iba a ser la sala de Guardia que utilizaban los adoradores para sus turnos de vela, en los salones parroquiales de la iglesia.

Aunque estos tristes hechos acontecen entre el 17 y el 21 de octubre de 1936, Nembra sería ya foco de los primeros movimientos revolucionarios desde octubre de 1934.

Los protagonistas

En primer lugar **D. Genaro Fueyo Castañón**, párroco de Nembra desde 1899. Había nacido en Linares del Puerto (arciprestazgo de Lena) el año 1864. *"Era un sacerdote íntegro, piadoso, fiel a Jesucristo hasta la muerte, muy amado por los fieles, celoso en visitar a los enfermos y en socorrer a los pobres. Animaba a los fieles a ayudar a las familias necesitadas. Era un párroco ejemplar y un modelo de oración, y de alma profundamente eucarística"*.

Promovió en su parroquia la Adoración Nocturna de tal forma que llegó a tener una importante sección, en la que él era el alma: Permanecía desde las 11 de la noche a las 4 de la mañana al servicio de los adoradores, y una vez al mes se pasaba toda la noche en adoración.

A su iniciativa se debe que el mismo local parroquial de la Sala de Guardia se usara de lunes a sábado como escuela para los hijos del Sindicato Católico, y como Centro Católico para el Sindicato los domingos después de Misa. En la planta baja guardaba su vaca y su caballo.

Isidro Fernández Cordero, que había nacido en 1893 en la parroquia de Santa María de Murias (concejo de Aller). Estaba casado con Celsa, con la que tuvo siete hijos, de los cuales tres serían religiosos. Era minero en la Hullera Española, en la explotación del coto de Aller.

En los días de su encarcelamiento en la sala donde tantas veces había esperado el turno de adoración, un vecino le animó a escapar. Pero él replicó: *"Si no me presento se vengarán con mi familia. Siempre nos han acusado de ser unos rezadores y unos carcas; por lo que se ve el único delito de que nos acusan es ser católicos y esto es un honor para nosotros. Delitos no tenemos ninguno, por lo tanto, nada nos pueden hacer. Dios sabe por qué nos tiene aquí y en sus manos estamos; si Él lo permite, por algo será"*.

Segundo **Alonso González**. Nacido en Cabo, parroquia de Santiago de Nembra, tenía dos hermanos dominicos misioneros y una hermana dominica de clausura. Tuvo doce hijos con su mujer, María, que falleció en el parto del último. Una familia numerosa que él sostenía con el duro trabajo de la mina y con la oración. Hombre de fe, muy comprometido socialmente de manera ejemplar (fue presidente del sindicato católico de los Mineros); fue también presidente de la Adoración Nocturna.

Se sabe que decía a sus compañeros de prisión: *"Muchas veces hemos pasado aquí la noche para acudir al turno de vela ante el Santísimo; como ahora no podemos hacerlo, recemos el Rosario y hagamos un sincero acto de contrición, poniéndonos en las manos de Dios, ya que es posible que alguno de nosotros tengamos los días contados"*.

Y por fin, **Antonio González Alonso**, nacido en 1912. Quiso haber sido dominico, como su hermano, pero una tuberculosis se lo impidió, aunque vistió unos pocos años el hábito. Los testimonios de la gente que le recuerda lo describen como un joven sereno, sonriente y amable. Asistía a misa diariamente, y ayudaba como monaguillo. También atendía la sección infantil y juvenil de la Adoración Nocturna, llamada de Tarsicios. Decidió estudiar Magisterio en la Escuela Normal de Oviedo, pero sólo pudo hacer primero (curso 1935 a 1936).

A su hermano Cristóbal le dijo una vez: *"Yo tengo una ocasión para dar mi vida a Dios en calidad de mártir; no quisiera desaprovechar esta gracia, pero tú haz lo posible para seguir viviendo y atender a nuestros padres. Yo desde el cielo pienso pedir mucho por la familia"*.

Crueldad salvaje

A Don Genaro le arrestaron estando en el pueblo de Moreda, y allí mismo lo encarcelaron. Tenía 72 años. Pero no tardaron mucho en llevarlo preso a su iglesia de Nembra, ya convertida en cárcel. Allí se encontró con Segundo, 48 años, e Isidro, de 43. Era finales de octubre de 1936.

El grupo de milicianos asesinos que hacen guardia en la iglesia-cárcel, son en total catorce, siete forasteros y siete de Nembra. De los catorce, cinco son mujeres. **Un odio feroz a la fe es el único móvil que les impulsa a obrar**.

Su martirio fue especialmente cruel. Les proponen a los mártires escoger dónde quieren ser sepultados y en qué orden desean morir. Y con un vil sarcasmo les obligan a cavarse cada uno su tumba, pudiendo elegir el lugar dentro de la iglesia. Segundo e Isidro cavan la tumba de don Genaro en el altar mayor donde a diario celebraba misa. Ellos escogen el punto donde juntos participaban a diario en la Eucaristía. Don Genaro pide ser el último en ser sacrificado para alentar a los que son para él hijos, fieles feligreses y amigos. Pero los asesinos, con impaciencia inhumana, ni les dejan acabar el trabajo. *"Si os resultan pequeñas las tumbas podéis encogeros"*, les dijeron, entre risotadas y groserías.

Con una sangre fría y envenenada les desangran como a los cerdos en la matanza y los decapitan, los descuartizan y profanan. Las mujeres presentes en esta masacre comentarían después **"qué buenos eran que ni protestaban"**. Don Genaro también corrió la misma gloriosa suerte, pero en último lugar, como había pedido. Mártir y héroe de la caridad, fue inmolado y enterrado en el mismo presbiterio donde tantas veces se había ofrecido en el Santo Sacrificio de la Misa, **con Jesucristo, por Él y en Él, como víctima de alabanza al Padre**.

Durante toda esta macabra tarea, gloriosísima a los ojos de Dios, el camión de los asesinos estaba fuera, con el motor arrancado haciendo un ruido infernal, con la calculada intención de ahogar la escena a los oídos de la gente. Intentaban acallar, inútilmente, el desgarrador grito de sus conciencias... Aquella sangre clamaba al cielo.

Antonio González no estaba en este grupo encarcelado. Fue detenido por su compromiso cristiano y encarcelado. Le ofrecieron salvarse si rompía y pisaba un cuadro del Sagrado Corazón y el ara del altar de la parroquia. Pero él dijo: *"Lo he pensado bien y he llegado a la conclusión de que, en conciencia, no puedo ni debo pisar ese cuadro por lo que representa"*.

El 11 de septiembre le llevaron en coche hacia Moreda. En el trayecto pasó por delante de su casa, donde se encontraba la madre sentada en la puerta. En voz alta le dijo: **"Adiós, madre, hasta el cielo"**. Fue llevado al Puerto de San Emiliano, entre Mieres y Sama. Le sacaron del coche y, al no oír ni un solo disparo –según el testimonio del chofer– se cree que, como otras víctimas anteriores en el mismo lugar, fue asesinado a palos y despeñado. El mismo conductor confesaría que antes le habían cortado la lengua por negarse a blasfemar. Con sus 24 años fue de los cuatro el mártir más joven.

Cuando al final de la contienda desenterraron los cuerpos de los mártires, los hallaron incorruptos. Los restos de Antonio, en cambio, nunca fueron encontrados.



5. EJERCICIO DE ORACIÓN PARA ESTA SEMANA

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos 13, 24-32

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos:

—«*En aquellos días, después de esa gran angustia, el sol se hará tinieblas, la luna no dará su resplandor, las estrellas caerán del cielo, los astros se tambalearán.*

Entonces verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes con gran poder y majestad; enviará a los ángeles para reunir a sus elegidos de los cuatro vientos, de horizonte a horizonte.

Aprended de esta parábola de la higuera: Cuando las ramas se ponen tiernas y brotan las yemas, deducís que el verano está cerca; pues cuando veáis vosotros suceder esto, sabed que él está cerca, a la puerta. Os aseguro que no pasará esta generación antes que todo se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán, aunque el día y la hora nadie lo sabe, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sólo el Padre.»

MEDITACIÓN DEL P. MORALES

Fin de los tiempos, comienzo de la eternidad. Evangelio enmarcado dentro de los años que corren desde la Ascensión de Cristo hasta el último día de la humanidad. Representan la historia del Cuerpo místico de Jesús, las almas, mientras se arrastran por la tierra. *Peregrinamos, andamos lejos del Señor mientras vivimos en el cuerpo* (2 Co 5,6).

Es el **duelo misterioso entre la gracia salvadora de Cristo y la naturaleza humana, esclavizada por pasiones** que nunca acabamos de desarraigar. Contemplamos el postrero momento de la historia del mundo. Es una visión anticipada de la escena final que pondrá fin a todo lo que palpan nuestros sentidos.

Se sitúa delante de nuestros ojos el último acto del drama de la redención: **el retorno glorioso de Cristo a la tierra sobre las nubes del cielo, con grande poderío y majestad** (Lc 21,27), para juzgar a vivos y muertos. Hay un momento de suprema emoción en la misa de cada día. La Iglesia, inmediatamente después de la Consagración, proclama su fe en el gran misterio de la redención. «Este es el sacramento de nuestra fe: *mysterium fidei*». Recuerda a continuación la bienaventurada Pasión, la Resurrección del sepulcro, la gloriosa Ascensión de Cristo a los cielos, su retorno, coronamiento en la tierra de su obra de salvación.

Los primeros cristianos, perseguidos y martirizados por una sociedad pagana, suspiraban por la vuelta gloriosa del Maestro divino. Muchos lo habían visto elevarse al cielo. Su vida era una paradoja para cuantos los rodeaban, familiares, amigos. «*¡Ven, Señor Jesús! ¡Maranatha!*». Ese suspiro se escapaba incesante de sus corazones incomprensidos. **La fe, la certeza inmovible en la segunda y definitiva venida del Cristo querido, los arma para la lucha diaria** con entusiasmo creciente. Los llena de alegría contagiosa que hace nuevos prosélitos. *Y cada día agregaba el Señor a la unidad los que se salvaban* (Hch 2,47).

En nosotros, primeros cristianos del siglo XXI, la meditación de este evangelio dilata y ensancha nuestra fe en lo único imperecedero: Dios. **Ese Dios cuyo amor nos invita a renunciar a todo lo caduco**. Con esta fe, los cristianos seremos invencibles. *Esta es la victoria que vence al mundo* —les repite Juan, como un día a sus hermanos de entonces—: *vuestra fe* (1 Jn 5,4).

No quedará piedra sobre piedra

El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Última frase de Jesús en este Evangelio. La primera en nuestra oración. Un acto de fe vivísima. A pesar de la grandeza deslumbrante de ciudades, edificios, técnica e inventos, una sentencia de muerte que está clavada encima de todo lo que hacen los hombres. **Todo eso pasará. Pero la palabra de Cristo permanecerá para siempre.**

Imperios, teorías, doctrina, filosofías, progreso, evolución, dinamismo histórico... Todos esos ídolos que el autodenominado «hombre moderno» de todas las edades se fabrican, **pasarán**. Todos esos falsos dioses que el orgullo del hombre, siempre el mismo en su naturaleza, se forja cuando se autodivina, olvidándose del único y verdadero Dios, pasarán. Sólo permanece la infinita grandeza de *Aquel que es* (Ex 3,14), del *que habita en luz inaccesible* (1 Tm 6,16), del *Padre de las luces, en el que no hay cambio ni nebulosidad* (St 1,17). Tiene razón la liturgia de Cristo Rey: «El Dios del cielo funda un Reino que pulverizará todos los reinos de la tierra, pero **Él permanecerá para siempre: Ipsestabit in aeternum**».

—«Madre querida: quiero escuchar a Jesús. Haz silencio en mi corazón, en mi imaginación. Sólo así, **a solas con el amor, lograré percibir su voz para llenarme de fe y esperanza.** El amor encendido hará insignificantes sacrificios y renunciaciones».

En la versión de Lucas de este evangelio, que nos sitúa en la tarde del Martes Santo, Cristo abandona para siempre el templo, **con su corazón dolorido, igual que está hoy en el sagrario** ante una inmensa mayoría de cristianos indiferentes cuyo Dios es dinero, placeres, fiestas; ante unos enemigos hijos de las tinieblas, más sagaces que los de la luz. Jesús, entristecido, va hacia Betania con sus discípulos. Han abandonado el templo por la fachada oriental.



Atravesan el torrente Cedrón. Se dirigen hacia Betania. *Maestro* —le dice uno—, *¡mira qué piedras y qué construcciones!*, las del templo. Enormes bloques de mármol y piedra de hasta cinco metros de largo, que subsisten todavía en su fachada oriental. Se jactan los apóstoles judíos de sus grandezas. Cómo se enorgullece el hombre de hoy en rascacielos y reactores, satélites artificiales, cerebros electrónicos.

No quedará piedra sobre piedra (Lc 21, 5-6). Es la respuesta tajante de Cristo. Derriba ilusiones y sueños ilusorios. Se desvanecen como humo. A continuación, palabras imponentes. Jesús fulmina anatema de muerte sobre todo lo visible que encandila a cuantos vivimos en el mundo. Al pie de la letra se cumplió la profecía sobre la ciudad santa cuarenta años más tarde. El 70, las legiones de Tito y Vespasiano la arrasan. Así se realizará también la segunda parte de la profecía sobre la destrucción del mundo: **Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.** Creo en Jesucristo. Creo en el fin del mundo. Creo en la resurrección de la carne. Creo en el juicio final con su retorno glorioso.

MEDITACIÓN DE BENEDICTO XVI

En este discurso hay una frase que impresiona por su claridad sintética: *"El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán"* (Mc 13, 31). Detengámonos un momento a reflexionar sobre esta profecía de Cristo.

La expresión "el cielo y la tierra" aparece con frecuencia en la Biblia para indicar todo el universo, todo el cosmos. Jesús declara que todo esto está destinado a "**pasar**". No sólo la tierra, sino también el cielo, que aquí se entiende en sentido cósmico, no como sinónimo de Dios.

La Sagrada Escritura no conoce ambigüedad: toda la creación está marcada por la finitud, incluidos los elementos divinizados por las antiguas mitologías: en ningún caso se confunde la creación y el Creador, sino que existe una diferencia precisa. Con esta clara distinción, Jesús afirma que **sus palabras "no pasarán"**, es decir, están de la parte de Dios y, por consiguiente, son **eternas**. Aunque fueron pronunciadas en su existencia terrena concreta, son palabras proféticas por antonomasia, como afirma en otro lugar Jesús dirigiéndose al Padre celestial: *"Las palabras que tú me diste se las he dado a ellos, y ellos las han aceptado y han reconocido verdaderamente que vengo de tí, y han creído que tú me has enviado"* (Jn 17, 8).

En una célebre parábola, Cristo se compara con el sembrador y explica que la semilla es la Palabra: quienes oyen la Palabra, la acogen y dan fruto (cf. Mc 4, 20), forman parte del reino de Dios, es decir, viven bajo su señorío; están en el mundo, pero ya no son del mundo; llevan dentro una semilla de eternidad, un principio de transformación que se manifiesta ya ahora en una vida buena, animada por la caridad, y al final producirá la resurrección de la carne. Este es el poder de la Palabra de Cristo.

Queridos amigos, la Virgen María es el signo vivo de esta verdad. Su corazón fue "tierra buena" que acogió con plena disponibilidad la Palabra de Dios, de modo que toda su existencia, transformada según la imagen del Hijo, fue introducida en la eternidad, cuerpo y alma, anticipando la vocación eterna de todo ser humano. Ahora, en la oración, hagamos nuestra su respuesta al ángel: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38), para que, **siguiendo a Cristo por el camino de la cruz**, también nosotros alcancemos la **gloria de la resurrección**.

DEL CATECISMO DE LA IGLESIA

El glorioso advenimiento de Cristo (673, 680)

Desde la Ascensión, el advenimiento de Cristo en la gloria es inminente, aun cuando a nosotros no nos toca conocer el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad. Este advenimiento escatológico se puede cumplir en cualquier momento, aunque tal acontecimiento y la prueba final que le ha de preceder estén "retenidos" en las manos de Dios. El triunfo del Reino de Cristo no tendrá lugar sin un último asalto de las fuerzas del mal.

La última prueba de la Iglesia (675 – 677)

Antes del advenimiento de Cristo, la Iglesia deberá pasar por una prueba final que sacudirá la fe de numerosos creyentes. La persecución que acompaña a su peregrinación sobre la tierra desvelará el "Misterio de iniquidad" bajo la forma de una impostura religiosa que proporcionará a los hombres una solución aparente a sus problemas mediante el precio de la apostasía de la verdad. La impostura religiosa suprema es la del Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne.

Esta impostura del Anticristo aparece esbozada ya en el mundo cada vez que se pretende llevar a cabo la esperanza mesiánica en la historia, lo cual no puede alcanzarse sino más allá del tiempo histórico a través del juicio escatológico.

La Iglesia sólo entrará en la gloria del Reino a través de esta última Pascua en la que seguirá a su Señor en su muerte y su Resurrección. El Reino no se realizará, por tanto, mediante un triunfo histórico de la Iglesia en forma de un proceso creciente, sino por una victoria de Dios sobre el último desencadenamiento del mal que hará descender desde el Cielo a su Esposa. El triunfo de Dios sobre la rebelión del mal tomará la forma de Juicio final después de la última sacudida cósmica de este mundo que pasa

El juicio final (1038 – 1042)

La resurrección de todos los muertos, de los justos y de los pecadores, precederá al Juicio final. Esta será «*la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación*» (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá «*en su gloria acompañado de todos sus ángeles. Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda... E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna*» (Mt 25, 31. 32. 46).

Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios. El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena.

El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo Él decidirá su advenimiento. Entonces, Él pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la

salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte.

El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía «*el tiempo favorable, el tiempo de salvación*» (2 Co 6, 2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la «*bienaventurada esperanza*» (Tt 2, 13) de la vuelta del Señor que «*vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído*» (2 Ts 1, 10).

Al fin de los tiempos el Reino de Dios llegará a su plenitud. Después del juicio final, los justos reinarán para siempre con Cristo, glorificados en cuerpo y alma, y el mismo universo será renovado. La Iglesia llegará a su perfección sólo en la gloria del cielo, cuando llegue el tiempo de la restauración universal, y cuando, con la humanidad, también el universo entero, que está íntimamente unido al hombre y que alcanza su meta a través del hombre, quede perfectamente renovado en Cristo.

SÚPLICAS PARA UNA BUENA MUERTE

Jesús, Señor, Dios de bondad, Padre de misericordia, aquí me presento delante de Ti con el corazón humillado, contrito y confuso, a encomendarte mi última hora y la suerte que después de ella me espera.

Cuando mis pies, fríos ya, me adviertan que mi carrera en este valle de lágrimas está por acabarse, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mis manos trémulas ya no puedan estrechar el Crucifijo, y a pesar mío le dejan caer sobre el lecho de mi dolor, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mis ojos, apagados con el dolor de la cercana muerte, fijen en Ti por última vez sus miradas moribundas, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mis labios fríos y balbucientes pronuncien por última vez Tu Santísimo Nombre, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mis oídos, próximos a cerrarse para siempre a las conversaciones de los hombres, se abran para oír de tu boca la sentencia irrevocable que marque mi suerte para toda la eternidad, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mi imaginación, agitada por horrendos fantasmas, se vea sumergida en mortales congojas, y mi espíritu, perturbado por el temor de vuestra justicia, a la vista de mis iniquidades, luche con el ángel de las tinieblas, que quisiera precipitarme en el seno de la desesperación, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mi corazón, débil y oprimido por el dolor de la enfermedad, esté sobrecogido del horror de la muerte, fatigado y rendido por los esfuerzos que hubiere hecho contra los enemigos de mi salvación, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando mis parientes y amigos, junto a mí, lloren al verme en el último trance, y cuando invoquen tu misericordia para mí, Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

Cuando los últimos suspiros del corazón fuercen a mi alma a salir del cuerpo, aceptadlos como señales de una santa impaciencia de ir a reinar con Vos, entonces: Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Cuando mi alma salga de mi cuerpo, dejándolo pálido, frío y sin vida, acepta la destrucción de él como un tributo que desde ahora quiero ofrecer a tu Majestad, y en aquella hora: Jesús misericordioso, ten compasión de mí.

En fin, cuando mi alma comparezca delante de Ti para ser juzgada, no la arrojes de tu presencia, sino dignate recibirla en el seno amoroso de tu misericordia, para que cante eternamente tus alabanzas. Jesús misericordioso, tened compasión de mí.

Oración. *Oh, Dios mío, que destinados a la muerte, nos has ocultado el momento y la hora, haz que viviendo santamente todos los días de nuestra vida, merezcamos una muerte dichosa, abrasados en tu divino amor. Por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo, en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.*